

dolor, pasa que la compasión (que no la piedad, emoción tan hija en el fondo del desprecio) lo preside todo. La búsqueda de refugio, las feroces dentelladas de la vida, el desquiciamiento de todo lo que intentamos se adhieren, como sangre que va coagulándose en una gigantesca herida, a la novela entera: no en vano Irving habla de cosas como las relaciones hombre-mujer, la estulticia cotidiana, el peligro acechante en cada esquina, los torvos terrores sin nombre.

Ocurre que estamos ante un

novelista capaz de utilizar con oblicua sabiduría y total desfachatez las propias obsesiones de escritor y de hombre contemporáneo; alguien que conoce que sin memoria, sin peso personal, no hay novela que se mantenga en pie; alguien que no obstante sabe muy bien que hay que ir más lejos, que "es mejor imaginar algo que recordar algo". Por eso, como la vida es demasiado (sic), y todo lo desbarajusta, Irving apuesta por la novela con argumento, con sucesos tremebundos y fútiles, con pasiones y

desinflatamientos, con fragmentos literarios interpolados, con comentarios sobre la prensa y la televisión, hasta con epílogo. Es por tanto una toma de postura inequívoca contra esos "discursos" que pretenden pasar por novelas, contra tanta "opera aperta" que lo único que nos abre es el bostezo. Irving no le hace ascos a ningún elemento "popular", y queda claro de que es porque esas cosas le gustan.

Es, asimismo, al fin, una novela masculina. En las antipodas del machismo: dudosa, pero

enérgica, brava y tiernísima. Es la novela de un hombre al que le entusiasman las mujeres, a quien le enloquece de alegría estar con ellas, verlas hablar, envidiarlas, saberse prójimo de ellas. La novela de quien no ignora que, al final, todos calvos, todos "casos perdidos", pero que, por eso mismo, hay que vivir y escribir con energía, aunque sólo sea porque "una novela sólo es un alma... de todas las cosas importantes que un novelista no es capaz de emplear en su vida". ■

MIGUEL BAYON.

La nueva postura

COMO los títulos obligan, "Viva la clase media", la película de José María González Sinde, incluye la secuencia de una boda. Viene a valer por la de "El cazador", aunque con los debidos distinguos en metraje, extras, diálogos, bebidas e ideología. En la ceremonia del último film del equipo Garci-Sinde, la escurrida multitud, amojamada y hasta hecha cachitos, da pruebas de una absoluta singularidad ibérica que constituye el mayor mérito de la película; tiene otros, pero éste es, a mi parecer, el de más porte. Y así, uno de los invitados se acerca a los novios, y en las antipodas del amigo seráfico de la boda de Cimino, les sacude la palmada carpetovetónica antes de entregarles un regalo imposible en las comunidades rusas de la costa Este: la suscripción a TRIUNFO por un año.

"Viva la clase media", como no la firman Cimino, Coppola, Lucas, Milius y otros sensibles muchachos, hijos todos del dólar y la madre que les parió, resulta por fuerza una película española hasta las cachas. De modo que nos da la crónica de los tiempos sombríos en que aquí se cantaba si el vino y la esperanza se subían a la cabeza, se sembraba subversión impresa antes del alba para uso de madrugadores y servicios de limpieza, se celebraban seminarios marxistas en los cafés, camuflados por el ejercicio del 1-X-2, gimnasia tan útil como el jogging, y se iba a la cárcel cuando le petaba a la BIS, que también hacía sus quinientas. Sinde, al contarnos eso, y lo que lo enmarcaba y sostenía, ha conseguido una película que, por nuestra, aviva el seso, encoge a ratos el estómago, nos lleva a reírnos más de una vez de nuestra amable memoria y, para postre, nos devuelve a la calle con la aterradora sensación de que en este país, autóctono, lo que se dice autóctono, sólo nos queda el chorizo.

Y cuando hablo de chorizos no aludo, claro es, a la vieja quintaesencia curada en tripa y capaz de levantar a un muerto, sino a otra criatura semántica de menor edad y cuya imagen es la del individuo amigo de

afanar lo ajeno en cantidades módicas y condiciones precarias. Por otra parte, parece obligado añadir que la reflexión regalada por el film de Sinde no señala tanto a la época que recrea como a sus consecuencias, y es que en aquellos años 60, cuando los hijos de la pequeña burguesía se acercaron al PCE a militar contra la dictadura, cualquier improvisación resultaba inexorable y todas las ilusiones, incluidas las referentes al futuro, necesarias. Vayanse los fracasos y el cansancio por la siembra y la ejemplaridad. Lo desalentador es el regreso, tras el final de la película, a los duros

—figura nacida extramuros del texto constitucional— no le caracteriza la falta de inteligencia, sino el uso rastroso que de ella hace; o de otro modo, aplicarla a exposillos que regalan un medro rápido, pero un futuro azaroso. Siempre hay que contar con las honrosas excepciones de siempre, pero chorizos fueron aquí empresarios de telares mágicos, intelectuales que mostraban cualquier crepúsculo menos el real, políticos de "adunatas ocedónicas" y un largo etcétera de variantes que pulularon por los más diversos parajes del territorio patrio. Y como en esa escuela se criaron los ejecutivos del desarrollo, los empleados de la transición, los predicadores del deshielo y los tribunos todos de nuestra derecha, el chorizo —en la nueva acepción común que quiere a un hombre trapacero, improvisador, cosido a su interés más inmediato y de espaldas al palo que llega— abunda en mayor medida de lo tolerable.

El problema estriba, sin embargo y sobre todo, en que el chorizo —variante degradada del pícaro— no es patrimonio del bloque social hegemónico. Chorizos aquí podemos serlo la generalidad, de Adolfo Suárez abajo, en cuanto nos descuidemos y la presión del medio nos descolee una pizca. La ética de Cantimpalos puede afectar lo mismo a los pimpantes eruditos a la violeta que a las casas discográficas, al defensor de un arte exportable que al empresario indeciso sobre el abono de las cuotas de la Seguridad Social, a una buena parte de las bases sindicales, a un creciente número de militantes de izquierda y, por descontado, a esa ciudadanía que entrega su voto conforme a alquitarados cálculos que entrañan una mórbida atención al puchero. La impresión de que aquí casi nadie está en su sitio ni se afana en lo que sabe empieza a ser una certidumbre, verificable por un áspero, extendido y recio olor a pimentón.

Las conclusiones en torno al asunto parecen obvias. O cambiamos esta moral del que se cura en salud o no podremos cambiar ni la hora. ■

CHORIZOS

ISAAC MONTERO

tiempos presentes, donde el chorizo protagoniza los primeros planos de la entera vida nacional con los modales apenas renovados, otorgando una absoluta actualidad al regalo nupcial de aquellas catacumbas, así sólo sea para indicar que el tiempo también se encharca.

En estas mismas páginas, una pluma con la que suelo estar de acuerdo sostenía no ha mucho una tesis contraria a la recién expuesta. Para Fernando López Agudín, la pluma aludida, calificar de chorizos a los príncipes que hoy nos gobiernan constituye un error nacido de la ceguera ante la realidad. En otras palabras, tal definición no sería otra cosa que un exorcismo verbal mediante el cual se bloquea la comprensión de un enemigo caracterizado por la inteligencia en la defensa de sus intereses de clase. Evidentemente, las razones de mi desacuerdo no van por ahí. Ni el partido del señor Suárez, ni los de los señores Garraicochea, Pujol y otros asimilados los forman cretinos. Pero que se sepa, al chori-